

UNO | MAS | UNO

▷ Los militares quieren repetir la experiencia de hace un siglo: Pedro Orgambide En Argentina, el proyecto oligárquico no es viable

Hoy la junta militar oligárquica de Argentina intenta escudarse en la generación del 80, pero ha pasado un siglo y ni ellos son los ilustres oligarcas del 80, ni nuestro pueblo es el que en ese entonces manifestaba sus síntomas de rebeldía, afirmó el escritor Pedro Orgambide.

Hoy los oligarcas son otros — agregó — y su proyecto ya no es viable. Hoy nuestro pueblo, por el contrario, asume con madurez, el enfrentamiento de todo el campo de la nación con la minúscula, débil y nada ilustre oligarquía.

Al explicar el contexto en el que surge la generación del 80 en Argentina dijo que en 1879 el general Julio Roca Argentino emprendió la llamada "campana del Desierto" sobre los contingentes indígenas, desarmados, del país.

Esta expedición, además de su eficacia militar, tenía un carácter yo creo que simbólico — dijo —: de algún modo coincidía y culminaba con las guerras del poder central de Buenos Aires contra las montoneras, que eran formaciones de gauchos irregulares que desde el comienzo mismo de la nación Argentina en 1810 habían luchado primero contra los invasores españoles y portugueses y luego contra la burguesía comercial de Buenos Aires, la incipiente oligarquía dependiente de la política monopólica de Gran Bretaña.

Sumado a esto y como hecho fundamental en la vida de los argentinos — añadió — es el tiempo en que ingresan al país las grandes oleadas de inmigrantes de todo el mundo, pobres de toda la Tierra: habían proletarios que conocieron

Javier Molina/I

a Carlos Marx o que se carteaban con Engels, había españoles e italianos en su mayoría, pero también alemanes, libaneses, judíos de Polonia y de Rusia que escapaban de la persecución zarista.

Explicó que toda esta gente se unió a los hijos de los gauchos, a los nativos argentinos. Todo eso conformó la dinámica de la sociedad argentina, de su naciente proletariado y su pequeña burguesía.

El proyecto oligárquico del 80 — dijo — se instrumentó con ausencia de esas mayorías, desconociéndolas, menospreciándolas, y cuando éstas mostraban su descontento, legalizaron jurídica y políticamente la represión.

Indicó que, paradójicamente, los ideólogos de este proyecto eran hombres cultos, liberales, agnósticos. Todos eran devotos del positivismo.

Señaló por ejemplo al doctor José Ramón Mejía, padre de la sicología social argentina, quien explicó muchos de sus juicios y prejuicios a través de esta escuela filosófica, combatiendo la metafísica desde una nueva metafísica de la ciencia.

Ramos Mejía pensaba que el pueblo es incapaz de generar su conciencia de clase y que por eso siempre necesita un líder neurótico en su conducción.

Orgambide señaló otro ejemplo: para este sicólogo social el doctor Francia, gobernante de Paraguay, no había sido derrotado por las presiones imperialistas ni las tropas de la Triple Alianza, sino por su incurable melancolía.

En verdad — dijo — en el 80 la clase do-

minante logra lo que un ministro había dicho: "haremos la unidad a palos", pero qué clase de unidad se podía lograr sin el consenso de las provincias — se preguntó —, de las poblaciones hambreadas del interior, qué unidad se podía lograr si esos inmigrantes en vez de mostrarse dóciles se sumaban a la rebelión popular de los argentinos. Ese pueblo no conocía las obras de los ilustres escritores del 80; en cambio, en las pulperías del campo o en los almacenes de la ciudad se leía el *Martin Fierro* de José Hernández y se rendía culto desde el folletín y la pista del circo a otro gaucho rebelde: Juan Mo-reyra.

Explicó que estos personajes entraban a la cultura y eran queridos y comprendidos por millares de personas seguramente porque encarnaban el sentimiento colectivo de esas "multitudes argentinas" tan menospreciadas por el doctor Ramos Mejía.

Lo que la generación del 80 retomaba — dijo — era la concepción reductora de Sarmiento, que polarizaba la complejidad del proceso histórico de mi país en la antinomia "civilización y barbarie". No en vano Sarmiento elogió al doctor Ramos Mejía, con la diferencia de que el elogiado no era un extraordinario escritor como era Sarmiento.

Indicó que los historiadores de ese tiempo, como Vicente Fidel López, también arrastraron los prejuicios de la clase dominante y les dieron validez de juicio histórico. Para López, como para el general Mitre, los caudillos montoneros eran simplemente "bandidos anarquistas".